

Y el paisaje daba un olor pesado y caliente de estiércol y de establo, un olor fresco de riego, un olor agudo, hediondo de las posas de cáñamo, un olor áspero de cáñamo seco en almiarres cónicos (Pág. 505).

Todo un pueblo con su paisaje, su vegetación, su ambiente, puede sernos dado a través de sus olores:

Cocentaina... es un pueblo amable, silencioso, huele a maíz tierno, a alcaceras, a feracidad... (*Libro de Sigüenza*, Pág. 534):

La Oleza de *El obispo leproso* puede, también, reducirse a un conjunto de olores:

Lo mismo desde todos los tiempos, con su olor de naranjos, de nardos, de jazmineros, de magnolias, de acacias, de árbol del Paraíso. Olores de vestimentas, de ropas finísimas de altares, labradas por las novias de la Juventud Católica; olor de panal de los cirios encendidos; olor de cera resudada de los viejos ex-votos. Olor tibio de tahonas y de pastelerías (Pág. 813).

Y no sólo una ciudad o un pueblo pueden ser reconocidos por su peculiar fragancia, sino que, para Miró, cosas tan incorpóreas como una festividad, también parecen poseer fisonomía olfativa. Así, en *El obispo leproso* se habla de

un olor de Corpus (Pág. 882).

que el autor llega a identificar como un olor frutal. Y en el *Libro de Sigüenza* precisa más aún el autor, al mostrar las distintas fragancias de esa misma festividad, según se localice en una u otra región:

El Corpus de Cataluña huele a retama; el Corpus alicantino huele a mar y romero; pero a rosas encarnadas, calientes; Sigüenza recogió la íntima emoción del *saio*, porque diciendo Corpus se huele a campo que entra en la ciudad (Pág. 366).

